

Presentación del Libro *Segunda Navegación*, de Rogelio Laguna

Biblioteca del Congreso (Ciudad de México) 25 de Junio de 2008 18h00

por Maribel Malta Paradinha
(Instituto Camões)

Muy buenas tardes a todos:

Rogelio, compañeros de esta presentación, Alfonso Vázquez Salazar (filósofo y él mismo también escritor) y Yasmin Cortés Bandala, queridos lectores, estimadas señoras y estimados señores aquí presentes:

Antes de adentrarme en la función (que, en realidad, es para mí un placer) que aquí vine a cumplir, quisiera agradecer a Rogelio, autor de este libro y responsable por este pequeño viaje, la invitación a esta navegación que haré con ustedes en los próximos minutos y la que ustedes mismos harán cuando, en sus manos, tengan abierto su libro. Seguramente, ya se dieron cuenta de que un libro abierto se parece al casco de un navío. La comparación no es fortuita. Yo, por lo menos, en esto creo y así lo pienso. Yo, que soy portuguesa, originaria del país de los navegadores, donde toda la poesía sale de un barco y de las olas revueltas más que de las tranquilas del mar... yo que vengo de ese país de la «saudade», ese sentimiento tan difícilmente traducible a otras lenguas, que nació del mar y de todas las navegaciones a que este mar nos invitó en el pasado y sigue invitando hoy.

Dice Emily Dickinson (poeta americana, 1830-1886) que «no hay mejor fragata que un libro para llevarnos a tierras lejanas». Ese niño de ocho años, como se describe el autor de este libro que hoy presentamos, que construía teatros de sombras «con ayuda de una caja de zapatos, una vela [y] una cartulina» (cito) y que temía aburrir horriblemente a sus papás y a sus tíos ha transformado ahora esta vieja caja de zapatos y le dio la forma de un barco. Está dentro de ella, de esa caja de zapatos, como si fuera en realidad un barco (porque así creo que son los magos de las palabras: niños grandes capaces de hacernos entrar a sus barcos inventados con palabras). Y está invitándonos a participar en el viaje, en ese viaje del olvido, donde hay que borrar de la memoria «las metáforas intuitivas originales en cuanto metáforas y tomar[las] por las cosas mismas» (como lo dice Nietzsche, citado en epígrafe por el autor). Ese viaje donde «el hombre con lentes [que] se dedicaba a escuchar personas»

es, al fin de cuentas, el que buscaba ser escuchado, a quien le gustaban también – como a los artistas a los cuales escuchaba – los aplausos del público, aunque efímeros, ese que «dese[aba] con todas sus fuerzas ser atropellado por la pasión irracional que atormentaba a sus pacientes» (cito a Rogelio). En esta navegación ese mismo hombre que miraba por detrás de sus lentes a sus pacientes buscaba la «verdad de todas las cosas» (cito a Platón, citado en epígrafe), que no eran por fin «la verdad de todas las cosas» de los demás a los cuales escuchaba, sino que resultó ser su propia verdad, la que él nunca ha escuchado... por el miedo. El «miedo de la pobreza», el miedo «de sufrir hambre» (o tal vez, el miedo de tan sólo sufrir), miedo de «ser un don nadie», el miedo que tenemos todos. Porque así somos: no nos escuchamos por el miedo. El miedo que nos retiene, que nos entorpece, que nos hace esconder detrás de unos lentes y proyectar en los demás (pacientes u otros) lo que no fuimos, lo que no quisimos ser... lo que no pudimos ser.

Todos nos acordamos de personajes de libros (Madame Bovary, Anna Karenina, D. Quijote, Michel Strogoff, el Padre Goriot y tantos otros). Son ellos que recordamos como si no fueran más que el *Otro*, el personaje del libro, con los cuales quizás nos identificamos, pero que tienen una identidad, un nombre propio. Los personajes de *Segunda Navegación* somos cualquiera de nosotros. Isabel o Sofía podrían ser María, o Teresa, o Xótchil. El alcalde de Nijar que huyó con el erario del pueblo, podría ser el alcalde de cualquier lugar. Nijar podría perfectamente ser una pequeña ciudad del norte de México, del Yemen, de Argelia o del sur de Portugal, donde la tierra es árida y desértica y la vida difícil. Donde la poesía está hecha de sufrimiento y el agua es oro y especias, el bien más precioso. «Él», «ella», «el joven poeta» (¿referencia autobiográfica?), «el músico» o «la mujer de amarillo» se desplazan en la obra recurriendo escaleras que nadie sabe a donde conducen, atraídos por una luz, un faro, movidos o paralizados por el miedo, buscando remedios para el alma en la poesía, en la música y en las estrellas.

A Rogelio no le interesó llevarnos a navegar por mares tranquilos y de cuentos de hadas. Parece ser que el mismo título así lo indica, y las personas más capacitadas para hablar de ello están aquí presentes y podrán, quizás, darles algunos detalles, si les interesa. Me tardaré un poco con el título de esta obra, porque sé que es una elección y una decisión difícil y nunca casual. Según sé, la metáfora de la "segunda navegación" (*deyterós ploûs*) aparece en *Fédon*. Por ahí leí que con este nombre «designa Platón en la Carta VII a su quehacer filosófico y al objetivo de éste: explicar adecuadamente el problema presocrático ya que no lograron hacerlo los propios físicos (filósofos presocráticos) por buscar causas sensibles a fenómenos sensibles. La segunda navegación buscará las causas inteligibles de

los fenómenos sensibles». Por ahí leí también que la expresión era, al parecer, utilizada por los antiguos marineros para hacer la diferencia entre la forma de provocar el movimiento de los navíos por remos y la impulsión por las velas. La «segunda navegación» sería la alternativa a la navegación tranquila, sin esfuerzos, proporcionada por el viento: es decir, la que necesitaba los remos, el esfuerzo humano. Así que, justamente, tal vez ya me entiendan cuando digo que a Rogelio no le interesó llevarnos a navegar por mares tranquilos y de cuentos de hadas. Son mares inquietos de intranquilidad, de desasosiego, donde el lenguaje, maduro, se acomoda en construcciones de pequeños textos, con personajes como nosotros, de gran complejidad, en historias aparentemente aisladas, fragmentadas – como somos, en realidad, las personas – pero donde los personajes, finalmente, suben las mismas escaleras espirales para llegar al farol, buscan la misma consolación en la poesía, en la música, en las estrellas. A Rogelio no le interesó guiarnos de la mano por sus historias, explicar los detalles como si no fuéramos capaces de entender lo que se lee entre líneas y no necesita palabras o como si fuéramos ajenos a las historias de los demás. A Rogelio no le interesó darles finales felices a sus cuentos, no le interesó terminar sus historias con frases comunes. Cada cuento termina sencilla y, a veces, sorprendentemente con lo trivial de la vida, con lo que es realmente humano, sin heroísmos vanidosos, sin actos extraordinarios, sin sueños delirantes, sin tendencias mitómanas, sin dramatismos exagerados, sin esperanzas inútiles. Cada uno de los cuentos son historias posibles o imposibles, a veces terminan con esperanza, otras veces con lo que la vida nos ofrece como posible, siempre poéticas y humanas y siempre más humanas por las limitaciones con las que los humanos le damos forma a la vida. A nuestras vidas. Porque así somos: humanos y, como tal, limitados.

Soy portuguesa, como les dije al principio de mi presentación (y como lo habrán notado por mi acento). No soy escritora (aunque he querido serlo) y menos aún Premio Nobel de Literatura, pero quisiera aprovechar las palabras divertidas de un gran escritor portugués, quizás el más conocido por Ustedes, José Saramago, Premio Nobel de Literatura en 1998, a respecto de un joven escritor también portugués, Gonçalo M. Tavares: «Él [Gonçalo M. Tavares] escribe demasiado bien para su edad. Dan ganas de pegarle!». Quizás, al fin de cuentas, yo sea también ese hombre de lentes que me dedico a leer lo que los demás escriben, sin tener el valor de quitarme los lentes. Pero mientras me decido a quitarme los lentes, les aseguro que hay muy buenos libros que leer y los invito a que se dejen llevar en esta navegación, la *Segunda Navegación*, durante la cual seguramente no se aburrirán, ni

Ustedes, ni sus papás, ni sus tíos... o hijos, o amigos, aunque el barco sea finalmente una caja de zapatos convertida en un libro.

Dice Umberto Eco que «el mundo está lleno de libros preciosos que nadie lee». Para darles un solo ejemplo, les traigo otro autor portugués que Ustedes probablemente también conocen y que le gusta especialmente a Rogelio, según sé: Fernando Pessoa. Nadie leyó a Fernando Pessoa antes de su muerte y algunos años después. Leemos los clásicos, los que se incluyeron al canon literario, ya sea porque tenemos *miedo* de no pertenecer a las mayorías (entiéndase, de leer lo que todos leen), ya sea porque no sabemos *qué* leer y es más cómodo que leamos a los autores que todos leen, a los que se recomiendan año tras año, a los que garantizadamente (garantía del canon) son buenos y son los que sí debemos leer. Pocas veces nos decidimos, también como lectores, a quitarnos los lentes y a dejarnos atropellar por otros autores, por otros libros nuevos, filosóficos y llenos de poesía, como éste.

Quiero terminar la presentación de *Segunda Navegación*, de Rogelio Laguna con una cita más de otro escritor, pensador y político mexicano que por más de una razón me une a Rogelio y a México: porque es fundador de la UNAM – en la cual trabajo y donde tuve (en un seminario de Literatura Portuguesa de la cátedra José Saramago) el gusto de conocer a Rogelio y a esta obra que generosamente me invitó a presentar aquí hoy – y porque era un mexicano de origen portugués. Hablo de José Vasconcelos Calderón y creo que lo que dice encierra lo que nos gustaría decir sobre los buenos libros: «Un libro, como un viaje, comienza con inquietud y se termina con melancolía».

Para ti, Rogelio, este libro no es una incursión ni un principio en la escritura. Por eso, espero, con menos melancolía, la novela que nos estás ya preparando y deseo sinceramente (y estoy segura de eso) que éste y otros libros tuyos no sean de esos buenos libros que dice Umberto Eco que nadie lee.

Pido para Rogelio un gran aplauso al cual me uno sinceramente.